



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 15 de Diciembre de 1884.

Núm. 38.

DOS CLASES DE SASTRES

—(«0»)—

Pedro y Juan eran dos vecinos que desde mozos vivían en la misma calle de cierta poblacion. El primero vivía cristianamente como pocos: el otro llevaba su vida como muchos.

No hay que decir que Pedro cumplía con toda exactitud los preceptos de la Iglesia. En las vigiliass de fiesta trabajaba con su familia hasta media noche; pero al oír la hora que señalaba el nuevo día, dejaba la aguja (era sastre) descubriéndose la cabeza, y poniéndose de pié, decía con el tono modesto y majestuoso que corresponde al padre de familia: «Estamos ya en Domingo ó en el día de tal Santo; la Iglesia manda descansar el cuerpo para que trabaje el alma;» y rezando algunas oraciones, se acostaban todos los de la casa, aguardando en dulce sueño la primera luz del alba. Al amanecer Pedro se levantaba, hacía sus oraciones particulares, marchando después con su familia al templo á oír la voz del cura y recibir las gracias del Señor.

Venían después á su casa los parroquianos, á quienes el sábado no había podido entregar sus prendas; y ninguno (es lo cierto) se volvió una sola vez descontento. La mujer de Pedro, cristiana como él, era tan activa y hacendosa, que á la hora en que venían los parroquianos tenía todas las cosas en orden, y vestidos los chiquitines.

Concluidas estas tareas, Pedro leía á su familia la vida del santo, ú otro libro instructivo, en voz alta, para que todos le oyesen, aun su esposa, que arreglaba mientras tanto la comida. Al acabar la lectura, hacía el buen sastre los comentarios, para que todos comprendiesen; de vez en cuando suspendíala también para decir á su mujer: «Piensa que hoy habrá pobres; y cuando Dios dá, para todos dá.»—Está bien, hombre, contestaba ella; ¿no ves que he puesto el puchero grande que es para el doble?—«Así me gusta; la limosna no empobrece,» decía Pedro, satisfecho de haber pronunciado una sentencia, y más aun de tener por compañera á una mujer de tan excelente corazon, restregándose entre tanto las manos y moviendo su cabeza con aire de contentamiento.

La tarde se pasaba en casa de Pedro como la mañana, poco más ó menos. La función de Iglesia, un paseito con la mujer y sus hijos, una merienda, ocupaban las horas hasta la noche en que se retiraban á casa para cenar y acostarse más temprano, á fin de recobrar el sueño perdido la noche anterior, y poder madrugar al lunes, siguiente.

La familia de Pedro y sus oficiales (á quienes de vez en cuando, y por de contado siempre que era necesario daba sus paternaless y cristianos consejos), es inútil añadir, que trabaja-

ban asiduamente toda la semana. Como buenos obreros, pues, cuidaban del cuerpo sin descuidar el alma.

La casa de Juan era dirigida de muy diferente manera. Este pasaba casi todos los días y las horas en el café ó politiqueando con los amigos: no porque él no quisiera trabajar; pero iba allí á tomar una copa, y entraba este, llegaba aquel, la conversacion se animaba, cambiándose á menudo en disputa, y el tiempo se pasaba veloz. Sus oficiales mientras tanto poníanse á charlar, haciendo en casa lo que fuera hacía el amo. Así, el lunes por ser lunes, el martes por ser martes, y cada día por ser lo que era, llegaba el sábado sin haberse hecho la mitad del trabajo. Juan de un natural pacífico era inaguantable cuando comenzaban en la víspera de la fiesta á pedirle las prendas que había prometido; la casa era entonces un trasunto del infierno: gritos con los oficiales, porque no habían trabajado; con su mujer porque en su ausencia no había vigilado; y hasta con los parroquianos porque le recordaban las promesas que les hiciera.

Resultado de este desorden era trabajar atropelladamente la noche del sábado al domingo, y la mañana de este hasta las dos, en que se veía libre de importunos parroquianos. Cerrando la tienda á esta hora, Juan llenaba sus bolsillos con el dinero cobrado y salía de casa corriendo, é iba á distraerse hasta las altas horas de la noche con los que llamaba sus amigos.

Un día festivo viniendo Pedro de misa, pasó por la tienda de Juan, quien desde su obrador le saludó diciéndole; ¿hoy se descansa mucho en tu casa?—En mi casa se descansa siempre que lo manda la Iglesia.—¿Cómo te compones tú para cumplir los encargos con toda exactitud sin trabajar nunca en los días festivos?—Hombre, trabajo en los días laborables, y con ellos tengo bastante.—Pues, los obreros y yo tenemos necesidad de descansar el lunes.—¡Toma! como no habeis descansado el domingo, tu cuerpo necesita este descanso, lo mismo que el mio; tú se lo das á capricho y sin mérito para Dios; yo se lo doy ordenado por la Iglesia y por tanto con mérito.—Pero ¿de dónde sacas esa tranquilidad, esa igualdad de ánimo, esa paz de tu familia y esa paciencia para estar seis días seguidos sentado en el taburete con la aguja en la mano?—Del templo, y tú lo mismo puedes sacarlo; pero no lo sacas, y por eso te faltan todas esas cosas, Juan.

El día festivo que tú pierdes para el trabajo material, lo mismo que yo, de nada te sirve, antes te perjudica mucho, porque á menudo pierdes en él el dinero ganado de la semana, pierdes los buenos amigos, la confianza y el respeto de tus súbditos, el cariño de familia y la tranquilidad de conciencia.—Algo tienes de razón.—En el templo, prosiguió Pedro, el cura enseña á mis hijos á respetarme, á mi mujer á ser fiel esposa y buena madre, á los obreros á mirarme como padre; nos enseña á todos á trabajar para cumplir el deber, y ganar el cielo, y con esta

esperanza los trabajos se nos hacen gratos y ligeros. No creas sino que trabajara yo como trabajo; si, además de la paga de la tierra me hace trabajar la del cielo. Por estas razones es como vivimos en paz mi mujer y yo, como también mis obreros.—¿De modo, dijo Juan, que todas esas ventajas que en tí admiro trae la santificación en casa y en la Iglesia del día festivo?—Todas; no lo dudas, Juan. Dios y la Iglesia bien sabían lo que hacían cuando lo instituyeron.—¡Y yo me he quejado tantas veces de ellos!—Mas yo he observado, contestó Pedro, que quienes se quejan son los que menos derecho tienen, porque no las cumplen. Los que procuramos cumplirlas, según manda la Iglesia, lejos de murmurar admiramos su Providencia, y damos las gracias por haberlas instituido, y merecen todo nuestro respeto y veneración por el origen que tienen y fin que se proponen.

Tal fué la conversacion que tuvieron Pedro y Juan. Réstame decir que conozco á algunos Pedros y á muchos Juanes á quienes puede aplicarse esta historia. También tú conoces otros, lector querido; verdad?

Obrero Vasco-Navarro.

Dedicamos á los enemigos de los frailes el siguiente artículo de Victor-Hugo, cuyas ideas no pueden ser sospechosas para ningun revolucionario.

En él se vé la fuerza que tiene la verdad para abrirse paso y llegar hasta el corazón de los enemigos,

Es un artículo notable. Lo recomendamos muy especialmente á los lectores del «Motin» y de «Las Dominicales del Libre Pensamiento».

LOS CONVENTOS

«Unos cuantos hombres se reunen para vivir en comunidad. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho de asociacion.

«Viven encerrados. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene todo hombre para abrir y cerrar su puerta.

«No salen nunca. ¿En virtud de qué derecho? En virtud del derecho que tiene el hombre para ir y venir libremente, lo que implica el derecho de quedarse en su casa.

«Y en casa, ¿qué hacen?

«Hablan en voz baja, bajan los ojos, trabajan. Renuncian al mundo, á la vida de las grandes poblaciones, á la sensualidad, á los placeres, á las vanidades, al orgullo, al interés.

«Van vestidos de toseco paño ó toseca tela. Ninguno posee nada. El rico se hace pobre al entrar allí, porque lo que tiene lo dá á todos. El que era lo que se llama noble y caballero señor, es igual al que se llama villano.

«La celda es igual para todos. Todos pisan por la misma tonsura, llevan la misma capucha, comen el mismo pan negro, duermen en la misma paja, mueren en la misma ceniza, llevan el mismo saco á la espalda, la misma correa á la cintura. Si determinan ir descalzos, todos van descalzos. Entre ellos podrá haber un príncipe, pero este príncipe, será una sombra como los demás. Allí no hay títulos; hasta los apellidos de familia desaparecen; sólo son conocidos por el nombre. Todos están encorvados bajo la igualdad del nombre del bautismo. Han disuelto la familia carnal, y constituido en su comunidad una familia espiritual. Sus parientes son todos los hombres; socorren á los pobres y cuidan á los enfermos: eligen aquellos á quienes han de prestar obediencia, y unos á otros se llaman hermanos. Aquí me interrumpen diciendo:

«—Pero ese es el convento ideal!

—Basta que sea el convento posible, para que sea el que debe considerarse.

«Preseindiendo, pues, de la Edad Media, del Asia, de la cuestion histórica y política; considerando esta cuestion bajo el punto de vista estrictamente filosófico, fuera de la esfera de la polémica militante, y con la condicion de que la vida monástica sea absolutamente voluntaria, y solo entren en ella los que tengan vocacion, miraré siempre las comunidades religiosas con atenta gravedad, con deferencia, en algunos puntos.

«Donde hay comunidades hay asociacion; donde hay asociacion hay derecho. ¡El monasterio es el producto de la fórmula igualdad, fraternidad!

«Honramos en todas partes al hombre que medita,

«Saludemos al que se arrodilla.

«La fé es necesaria al hombre. ¡Desgraciado el que no la tenga!

«El hombre no está desocupado cuando se estasia, porque hay trabajo visible é invisible.

«Contemplar es trabajar; Pensar es hacer. Los brazos cruzados trabajan: las manos juntas hacen. La mirada que se dirige al cielo es una obra.

«Thales estuvo cuatro años inmóvil. Thales fundó la filosofía.

«Para nosotros, los cenobitas no son ociosos; los solitarios no son holgazanes.

«Pensar en la sombra es una cosa grave.

«Sin debilitar en nada lo que hemos dicho, creemos conviene á los vivos el perpetuo recuerdo de la tumba; y en este punto, el sacerdote y el filósofo están de acuerdo. *Morir tenemos*; el fundador de la Trapa contestó á Horacio.

«Mezclar con la vida alguna idea de la muerte, es la ley del sabio; mas también es la ley del asceta; ambos convergen en este punto.

«Hay un crecimiento material: le queremos: pero hay también una perfeccion moral: la respetamos.

«Las personas irreflexivas y ligeras se dicen:

«—¿De qué sirven esas figuras inmóviles contemplando en misterio? ¿Qué es lo que hacen?

«¡Ah! en presencia de la oscuridad que nos rodea y que nos espera, sin saber lo que hará de nosotros la dispersion inmensa que nos aguarda, les responderemos:

«—No hay quizá cosa más sublime que la que hacen esos seres.

«Y añadimos:

«—No hay quizá trabajo más útil.

«Mucha falta hacen los que oran siempre por los que no oran nunca.»

Victor-Hugo.

La Iglesia es un yunque que gasta todos los martillos que la golpean.

Fragmento de un bello discurso pronunciado hace poco en una sociedad de obreros.

¡Ah! ¡cuántos males pesan sobre ese gran herido llamado hombre! El sacerdote de la antigua ley ha pasado, y no pudo curarlo; el levita pasó, y fué impotente; pero vino Jesucristo, dió por él los dos magníficos dineros, su cuerpo y su alma, añadiendo su Divinidad, para que aumentasen de valor infinito sus padecimientos y su muerte. ¡O buen Samaritano! ¡Cuánto debemos-amaros, por haber derramado sobre nuestras llagas el aceite de vuestra dulzura y el vino de vuestro amor! Y ciertamente algun tanto os amamos. Entre los muertos, Jesucristo es el único amado; algunos se han librado del olvido, pero él solo ha conservado el amor. Muy pronto se cumplirán dos mil años que este Hombre-Dios pereció entre dos criminales; no obstante la humanidad, sin cansarse jamás va, siguiendo cada año el camino de su antigua peregrinacion; y cuando se acerca el tiempo de la pasion y muerte de Dios humanado, se prosterna, y de rodillas en tierra adora sus piés ensangrentados.

Quando el dolor nos visite, tomemos la cruz y besémosla; y aunque entonces se estremeciera todo nuestro ser, estemos seguros del buen resultado de nuestra sumision. El hombre es una criatura libre; cuando besais la cruz, haceis un acto libre; y con esto mismo tenéis la completa certeza de vuestra obediencia, de vuestra conformidad.

«Ea pues, valor y confianza. Valor por vuestra salvacion, valor para vuestras obras. Para alguien se hizo el paraíso; creed será para vosotros. ¡Y qué! ¿os abandonaríais Dios á vosotros, sus soldados y sus servidores, para ir é buscar otros que le combaten? Diré con Moisés: «¡Ah Señor! jamás haréis una cosa semejante.»

«Valor para vuestra salvacion personal, valor para vuestras obras. Los pesimistas ou personas que se cruzan de brazos, y que se contentan con mirar y gemir; son una especie de sauces horros que jamás darán sombra sino á sepulcros: los optimistas son personas que ponen manos á la obra, que trabajan, que oran y esperan á ellos pertenecen las promesas del porvenir.

«En vísperas de morir. Nuestro Señor en pocas palabras compendió toda la historia de la Iglesia, cuando dijo: *In mundum pressuram habebitis*, grandes tribulaciones sufriréis en este mundo. (algo de esto sabeis vosotros); pero despues añadió: *Confidite, ego vici mundum*: confiad, empero, yo vencí al mundo. No sois vosotros, hombres débiles, quienes hicisteis esta hazaña; tenéis los brazos demasiado cortos; soy yo, *Ego*; y no es cosa que deba hacerse, ya está hecha *ego vici*. Indudablemente, os envío á la batalla; pero atended, que os envío á la victoria, y que os alegraréis al repartiros el botín de los vencidos.

«Dispensadme la singularidad de la comparacion que voy á presentar. La Iglesia es como un yunque, instrumento destinado no para dar golpes, sino para recibirlos. Pero tan fuerte temple dió Dios á su Iglesia, que gasta todos los martillos que la golpean, y cuanto mas duros y acelerados son los golpes, más pronto se rompe el martillo. Por lo tanto, valor y confianza; pero añadiré: oracion y frecuencia de sacramentos.

«Cierta día entre las turbas que rodeaban á Jesús, estaba detrás de él una pobre mujer, humilde, enferma, diciéndose: «Si toco solamente la orilla de su vestido, quedará curada.» La toca: Nuestro Señor se vuelve y exclama: «Alguien me ha tocado.»—Pero, Señor, de todos lados os abruman, ¿y decís que alguien os ha tocado?—Sí, alguien me ha tocado; porque ha salido de mí una virtud.» ¡Ay Señor, exclamaré yo confuso. Quizás os he abrumado á menudo con oraciones mal hechas, ó cuyo objeto no era digno ni de Vos ni de mí; haced, pues, que de aquí adelante os ruegue tan bien, que, cuando mi oración esté terminada, digáis: Alguien me ha tocado; porque ha salido de mí una virtud.—De consiguiente recomiendo oración, oración, oración; y añado frecuencia de sacramentos. ¡Oh! la santa comunión!!! En ella está nuestra gloria, nuestra dulzura, nuestro valor y nuestra fuerza.

«Para terminar, os referiré un caso para convenceros más de lo que llevo dicho. En cierta población, donde hay bastantes comerciantes israelitas, uno de ellos, rico y hombre muy honrado, tuvo un amargo disgusto porque su esposa se había hecho católica; pero se dijo para sí: ¿Qué le hemos de hacer, si es su ideal? y se resignó. Mas al cabo de algún tiempo notó con horror, que su hijo único de veinte y tres años de edad, cesaba de ir á la sinagoga; por cual motivo lo estaba vigilando, y cierto día le sorprendió que entraba en una iglesia católica y lo vió en ella orando fervorosamente. Volvióse á su casa con el alma herida cruelmente, y al llegar su hijo, fué preciso que acudieran los criados para evitar una desgracia. Pero á la hora de comer, todos quedaron admirados al verle muy tranquilo, lo mismo que al día siguiente; y lo quedaron mucho más al cabo de algunos días, porque desapareció con su hijo. Lo llevó á casa de uno de sus correspondientes de Alemania, en una pequeña ciudad donde no había más que israelitas y protestantes, sin iglesia: solo algunos católicos, que un sacerdote visitaba de cuando en cuando. «Vigíladle, le dijo; pues es toda mi esperanza; tratadle bien, que lo merece por todos conceptos; pero procurad quitarle estas ideas funestas que ha abrazado, y esperemos que, privado de toda relación con católicos, acabará por abandonarlas.» Y se marchó.

«El correspondiente le daba á menudo noticias de su hijo. «Es un joven encantador, le escribía, laborioso, inteligente, de carácter muy amable; pero en materia religiosa no hemos ganado nada todavía.» Inquieto el padre, vuelve allá; y al momento pregunta: ¿Dónde está mi hijo?—Ahora, por la mañana, va á pasearse por el arrabal, en un sitio muy solitario: de seguro le encontraréis allí.» Vase el padre, y efectivamente, de lejos ve á su hijo sentado en un banco, leyendo con atención; llega un hombre vestido con una larga levita negra, quien se sienta á su lado, y los dos parece que tienen una conversación muy íntima; en seguida el de la levita hace sobre la cabeza inclinada del joven una señal, cuyo alcance no sospecha nuestro pobre israelita. Luego advierte, que su hijo mira á todos lados, y no viendo á nadie, va á arrojarle detrás de un árbol corpulento, y el sacerdote, que tal era aquel hombre, sacando de su pecho una cajita de oro, y de dentro de ella algo blanco, lo deposita en los labios trémulos del joven arrojado. Aterrado el padre por lo que ve, exclama: «¡Ah! todo está perdido... que haga lo que quiera: conozco no hay remedio; pues han hechizado á mi hijo...»

«¡Oh qué frase tan admirable! Ciertamente este pobre hombre en su ignorancia dijo una gran verdad. Sí; nosotros, sacerdotes católicos, somos hechiceros, y nuestro talismán es la santa Eucaristía. Con ella metemos el fuego y la llama hasta en los huesos de los hombres, y distribuyéndola entre todas las clases, estados y sexos, se forman esas jóvenes admirables, esos ángeles de pureza en medio de los fangos de Babilonia, esos nobles jóvenes que, como dice S. Juan, vencieron al maligno: *fortes, quia vicistis malignum*, esas madres de familia cuyos corazones son tesoros de ternura y firmeza; vosotros, hombres inquebrantables en el bien, y las más firmes columnas de la Iglesia en el exterior. ¡Ah! sí, comulgad, os encargo afectuosamente... orad y comulgad, y seréis invencibles.

(*Annales du culte de saint Joseph.*)

VARIETADES.

CUENTO MORAL.

«Érase un hombre pobre y muy viejo, que tenía la vista turbia, torpe el oído, y vacilantes las piernas. Cuando estaba á la mesa, apenas podía sostener su enchara, y derramaba la sopa sobre el mantel.

«La mujer de su hijo, y aun su mismo hijo, se disgustaron tanto por esto, que al fin le relegaron á un rincón, junto al fuego, donde le servían una mala comida en una escudilla de barro.

«Al pobre viejo se le asomaban á menudo las lágrimas á los ojos, y miraba tristemente hacia la mesa.

«Un día, no pudiendo sus manos temblorosas sostener la escudilla, la dejó caer al suelo y se rompió; por lo que la mujer se deshizo en reproches, á los que contestó bajando la vista y suspirando. Después de esto, le compraron una cazuela de madera en la que prosiguieron dándole de comer.

«Pocos días después vió el matrimonio á su niño de cuatro años ocupado en juntar por el suelo algunos pedazos de madera.

—¿Qué haces allí? le preguntó su padre.

—Una cazuela para que coma papá y mamá cuando sean viejos, respondió.

«El marido y la mujer se miraron un instante sin decir nada; después se echaron á llorar; y comprendiendo la lección, que tan

inocentemente les había dado el niño, volvieron á sentar al viejo á su mesa, sin que sus labios proferiesen la menor queja, cuando sus trémulas manos manchaban el mantel.»

UN VERDADERO FILÓSOFO.

Un filósofo alemán refiere que una mañana encontró sentado en el pórtico del templo á un mendigo, cuyo aspecto miserable infundía compasión.

—Buenos días os dé Dios, hermano, dijo, alargándole una limosna.

—Dios no me da nunca malos días, repuso el pobre santiguándose con la moneda.

—Miróle sorprendido el alemán y dijo: lo que yo deseo es que os haga el Señor más feliz.

—¿Y quién os ha dicho que no lo soy? preguntó el pordiosero.

Chocáronle al filósofo las respuestas, y pidió al buen hombre su explicación.

La explicación es muy sencilla, exclamó el interrogado: ¿Qué os he dicho? Que nunca el Señor me dá malos días, y es mucha verdad; porque si el hambre me acosa; si me mortifica la sed, el frío los padecimientos ó las privaciones, bendigo y alabo á Dios; si el dolor me atormenta ó la desgracia me aflige, bendigo y alabo á Dios; si los hombres me ultrajan, me persiguen ó me desprecian, bendigo y alabo á Dios; y así razon tengo para decir que para mí no hay días malos.

Me habeis deseado la felicidad, y yo la poseo; porque la mía consiste y consistirá en que se cumpla en mí la voluntad de Dios.

—De manera, repuso el otro, que si la voluntad de Dios fuera que os precipitarais en el infierno, ¿bajaríais muy gustoso?

—Ni por pienso; allí no van los que aman á Dios, y yo le amo con todas las fuerzas de mi corazón.

—Por eso mismo si fuera su voluntad precipitaros...

—¡Precipíteme! ¡Quiá! Para eso me ha dado el Señor dos brazos que lo impidan; uno es la caridad, y otro la humilde confianza; con ellos me asiré á Dios tan fuertemente, que tendrá que llevarme consigo al cielo.

—¿Y si no es esa la voluntad de Dios?

—¡Pues no ha de ser! ¿A qué vino al mundo sino á salvarnos? Como yo no me aparte de Jesucristo, él no se apartará de mí, y seguro estoy de no apartarme de mi Dios ni en mi vida ni en mi muerte. Porque no ha consentirlo.

—Eso es mucho decir; la criatura es frágil, y no puede uno responder de sí mismo; esa confianza es harto presuntuosa.

—Lo sería indudablemente, si estribara en mis fuerzas, pero como sé muy bien que por mí solo nada valgo, tengo puesta mi confianza en Dios, y su ayuda no me puede faltar.

—Hé aquí, prorrumpió el sabio alemán, inclinándose respetuosamente ante aquel hombre de fé tan robusta, ¡hé aquí lo que se puede llamar un verdadero filósofo.

Micela de Silva.

Allá arriba hay algo.

El célebre Marsilo Ficini enseñaba la filosofía á lo más escogido de la juventud de Florencia. Un día en que el elocuente profesor explicaba á su auditorio las pruebas innumerables de nuestra inmortalidad, uno de sus discípulos le interrumpió diciéndole: «Maestro, hagamos un pacto.—¿Qué pacto? respondió Marsilo.—Que el primero de los dos que muera venga á decir al otro si hay algo allá arriba.» Y al decir estas palabras el joven miraba tristemente al cielo.

Algún tiempo después Miguel Mercati, que así se llamaba el discípulo, se hallaba solo en su cuarto pensando en el pacto que había hecho con su maestro, cuando de repente oyó un ruido que le pareció el galopar de un caballo, y al mismo tiempo una voz que le decía: «¡Miguel, Miguel! ¡alégrate, no te engañaba yo, allá arriba hay algo!» Levántase el joven inmediatamente, corre á casa de su profesor, y dice que tiene que hablarle; pero la criada le responde, mirando al cielo: «¡Señor, hace una hora que Marsilo ha muerto!»

FABULA.

La Lengua y la Espada.

Una Lengua y una Espada.
Cayeron un día presas;
Aquella por viperina,
Estotra por pendenciera.

Y al verse en la cárcel juntas,
Formando otros presos rueda,
Después de amables saludos
Se hablaron de esta manera:

—¿Qué has echo tú, peleona?
(Dijo á la Espada la Lengua).
—«He dado unas cuchilladas,
(Repuso vibrando aquella):

«Además, en guerra injusta
He fulminado sangrienta;
Y al cabo, como soy fuerte,
He cometido violencias.»—

—«¿Y por esas niñerías,
(Responde la otra), te pescan?
¡Vaya, vaya! no te apures;
Escucha, verás lindezas;

«Yo profiero cada día
Por millares las blasfemias;
Voto mas que un carretero,
Miento mas que la *Gaceta*.

«Juro en falso, y por mi dicho
A más de un pobre trompeta
Hicieron morir bailando,
Colgándoles de una cuerda.

«Murmurar es mi delicia,
La calumnia mi sistema,
No dejando honor seguro
Ni en casada ni en doncella.

«Desuno los matrimonios,
Rompo amistades eternas,
Y, atizando la discordia,
Destruyo la paz doméstica.

«Y es lo peor de mis gracias
(Aunque todas son perversas),
Que los daños que ocasiono
Tarde ó nunca se remedian.

«Adulo á los poderosos,
Trato al pobre á la baqueta,
Siembro luto en las familias
Con fraude, estafas y afrentas.

«Divido los ciudadanos
Con mis programas y arengas,
Y al pueblo siempre alboroto
Con patrañas y quimeras.

«Yo turbo la paz del mundo
Con mil intrigas funestas,
Y entre naciones y reyes
Gozo avivando la guerra.

«Y por fin, si no atajaran
El furor que me envenena,
Cenizas hiciera el orbe
Con mis ardientes saetas.»—

—«¡Cielo santo!» (exclaman todos
Los nenes de la caterva).
Y santiguándose muchos,
Sentaron por cosa cierta:

Que la Espada es una monja
En vista de su pareja.
Pues no hay pecados peores
Que los pecados de Lengua.

(Fábulas Ascéticas).

Rasgo de Caridad.

Leemos en un numero de el *Citoyen* de Marsella; correspondiente á Agosto último:

«Habiendo muerto en San Loup estos últimos dias un infeliz, italiano de origen, su familia le abandonó despues de haberle despojado de su ropa.

«Avisada la autoridad, nada hizo, y en tal situacion el sacerdote, que fué al dia siguiente á recoger el cadáver, viendo la negativa de varios hombres, se quitó el sobrepelliz y subió solo á colocar el cadáver desnudo, en un ataúd. Despues, ayudado de algunas buenas mujeres, bajó la caja y la colocó en el carro.

«Realizada esta obra de misericordia, el digno sacerdote tuvo que lavarse las manos en el arroyo y secarse en el sobrepelliz.

«¿No es esto verdaderamente aterrador?»

Si, señor, es aterrador, pero aun lo es más el ver que precisamente estos héroes de la Caridad son los que sirven de victimas á los amigos de *El Citoyen* en Francia, y á los amigos del *Motin* en España.

Siguen las conversiones.

El *Gran Oriente* de la masoneria portuguesa, Conde de Paraty ha muerto hace poco, y ha hecho al tiempo de morir lo que hizo el *Gran Oriente* de la masoneria española Sr. Romero Ortiz, y lo que hacen todos los Orientes grandes y no grandes cuando ven venir las verdaderas; arrepentirse de sus masonismos y mentiras, y acogerse á la Iglesia católica, pidiendo el perdon de sus pecados.

Pero, señor, (repetimos cien veces) ¿cómo es que al tiempo de morir ningun católico se hace mason, y en cambio muchos masones se hacen católicos en ese trance?

Parece mentira que este rayo de luz no baste por sí solo para sacar de su ceguera á tanto engañado como anda por el mundo.

Pero es que así como no hay peor sordo que el que no quiere oír no hay tampoco peor ciego que el que no quiere ver.

PENSAMIENTOS

Todas las virtudes son humo cuando no las acompaña la humildad.

Dicen que los ateos tienen tambien virtudes: Concedido; pero no tienen humildad, y en ese caso es lo mismo que si no poseyeran ninguna.

Y es que la virtud orgullosa (que es la virtud pagana) es el peor de todos los vicios; porque es un vicio sin bochorno y por tanto sin arrepentimiento. Es la virtud del diablo: la virtud de Luzbel que no se arrepintió jamás: en una palabra; es la soberbia que siempre está satisfecha de sí misma.

Reflexion.

El Señor permite á veces que las aflicciones nos colmen de amargura en esta vida, para que el viajero no vaya á amar como su propia morada la tienda donde debe solamente descansar un dia.

Tambien las permite para curar nuestras miserias, pues para esas enfermedades del alma no hay mejor medicina que el dolor.

OBRA RECOMENDABLE

La Sagrada Biblia.

Vulgata latina y su traduccion al Español por el Ilmo. Torres Amat, con notas de éste y del Ilmo. P. Scio. Cronologías del P. Fita de la Compañía de Jessú, Comentarios y Vindicias de los autores más recientes, arreglada para LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA, bajo los auspicios y aprobacion del Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Barcelona Dr. D. Jaime Catalá y Albosa.

La obra se calcula constará de 8 tomos de 400 páginas, 4.º mayor, al precio de 46 reales tomo. Empezará la publicacion en Enero próximo. Véase el Boletin mensual de la referida Biblioteca (Barcelona, Angeles, 14) y el Cuaderno-Muestra que al objeto se ha repartido á todos los suscriptores, corresponsales de dicha casa editorial Y á la mayor parte de los periódicos de España.

Consejo.

No seas ambicioso, porque la ambicion es una horca que levanta el hombre para ahorcarse él mismo.

LA LECTURA POPULAR

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague mas facilmente.

La suscripcion se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Cada accion dá derecho á recibir cien ejemplares de cada numero ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fabricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICION DIRECTA.

	Península.	América.
Una accion.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.		2 50
Un cuarto id.	1	1 25
Un octavo id.	50 cénts.	

Por medio de corresponsal 25 cénts. de peseta más por accion.

Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, 3, ORIHUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 5, bajo; y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.